

Hiriendo al viento los jaeces de oro,  
 Y al timbre en presuncion plumas doradas,  
 Yalzando estrellas por los aires mudos  
 El vivo centellar de los escudos,  
 Alegre hacen y noble compañía  
 Al bello jóven, y al prudente mago,  
 Que de Leon á la corte partió un día,  
 De cuantos pudo el menos aciago.  
 A ver su casto rio, y si podría  
 De su nueva presencia el tierno alhago  
 Ser á sus presos padres de provecho,  
 Y del rey ablandar el duro pecho.  
 No sé cual riguroso signo veda  
 Causa tan justa, que ninguna ahora  
 Hallo, que sin notorio agravio pueda  
 Ser desta ingrata sinjusticia autora;  
 Mas á un gran vuelo que por dar me queda  
 Al reino voy donde la noche mora,  
 A buscar los amigos de Morgante,  
 Que en la gruta dejé de un nigromante.  
 De Tlascalán en la profunda cueva,  
 Al confuso rumor de la montaña,  
 Absortos los tragó por senda nueva  
 Del pozo ardiente la abertura estraña:  
 Dando de allí con ellos donde lleva  
 Sus corrientes la muerte, y donde baña  
 Con sus torcidas ondas Flegetonte  
 Las carcomidas grutas de Aqueronte.  
 Mas luego que por quiebras infernales  
 La tierra vomitó los tres guerreros  
 Sobre los africanos arenales,  
 Como en sus mas pacíficos linderos:  
 Malgesí, que al hallarse en los umbrales  
 De su patria cobró nuevos aceros,  
 Al vivo gusto de tomar venganza  
 En el contrario bando de Maganza,  
 Con dos humosos cercos, y un conjuro,  
 A Reinaldos llevó en su frágil leño  
 Al real de Francia, en el silencio obscuro  
 De la fria madre del templado sueño:  
 Dejando al campo alarbé mal seguro  
 Los otros dos, que en su bajel pequeño  
 Del ancho mundo vieron los puntales,  
 Y las playas cruzaron infernales.  
 Halláronse en un bosque á la marina  
 Orimandro y Morgante una mañana,  
 Donde la corva playa cristalina  
 Huye de la mayor sirte africana;  
 Y en la costa del mar circunvecina  
 En un roto batel tropa liviana  
 De descompuesto vulgo, que á porfia  
 En confuso monton se combatía.  
 Mas la Angélica reina de la aurora  
 El curso vuelve de mi pluma vario,  
 Que al mar de Alcina en una fusta mora  
 Con otras la robó un cruel corsario  
 A vista de Orimandro, que la adora,  
 Y el turbio mar se la escondió voltario  
 Al punto que su luz cerraba el día,  
 Y al presto bergantín otro embestia.  
 Eran todos corsarios, que al pillaje  
 En corso el mar desvuelven cristalino,  
 Y allí el bárbaro fin de su viaje  
 El cerúleo color volvió sanguino;  
 Y fue el firme pelear con tal coraje,  
 Que cuando la vecina aurora vino,  
 Mostró que del rigor de la batalla  
 Nadie vivo sobró para gozalla.  
 Solo quedó un mancebo mal herido,  
 De alegre rostro, y grave gallardía,  
 Y un morabito viejo mal nacido,  
 De larga barba y flaca hipocresía,  
 Que de cobardé habiéndose escondido  
 Mientras el pelear duró, fingía  
 A Mahoma enviar vanos mensajes

En ridiculos gestos y visajes.  
 Este hallándose solo, y victorioso,  
 Y ambos bajeles á su riesgo y cuenta,  
 Viejo atrevido, hipócrita engañoso.  
 De astucias lleno, y de codicia hambrienta,  
 Saltó al contrario barco, aunque medroso,  
 Y halló á Angélica en él, que se lamenta,  
 En compañía de otras dos doncellas,  
 Como en la de la luna las estrellas.  
 Lloraban el rigor, la desventura,  
 Del cruel estrago, y general destrozo,  
 Que esta vez la fortuna mal segura  
 La victoria dejó vacía de gozo;  
 Y de las tres la de mayor ternura  
 Su faldá daba al desangrado mozo,  
 Enviando de los ojos á la herida  
 Lágrimas, que eran bálsamo á su vida.  
 Era la dama Arminda, hija de Janto,  
 Príncipe de Corfú, y nieto de Alcina,  
 Y el mancebo archiduque de Lepanto,  
 Isla del mismo mar circunvecina:  
 Criáronse los dos en dulce encanto  
 En la cretense corte su vecina,  
 Donde el trato, la edad, y el ejercicio  
 En producir amor hizo su officio.  
 Sacó la hada del cretense infierno  
 La amada nieta, prenda de alegría,  
 Dejando dentro del su amante tierno,  
 Y á ella fuera del cielo en que vivía:  
 Y ambos en soledad y llanto eterno,  
 Hasta que amor dió traza como un día  
 Leoncio robase del jardín de Alcina  
 Su dulce jova de beldad divina.  
 Tuvo dichosamente conseguido  
 El amante su fin, su amada bella  
 Del tierno amor el premio merecido,  
 Y él á las dos robó que halló con ella:  
 Mas la que dar no supo bien cumplido  
 Retrógrada infeliz volvió su estrella,  
 Y el gusto que en su alma amanecía  
 Antes se le murió, que viese el día.  
 El morabito viejo cauteloso,  
 Que en la fusta saltó, viendo de Arminda  
 En el regazo el jóven valeroso,  
 Que ya sin habla con la muerte alinda,  
 Temió aun así mortal su aire brioso,  
 Y que si vivo escapa, se le rinda  
 La una y otra fortuna y sea de modo,  
 Que él solo quede vencedor de todo.  
 Y así sobre él furioso se abalanza  
 ¡Estraña crueldad! ¡oh Arminda bella!  
 ¡Qué golpe tan cruel á la esperanza!  
 Que cuelga el hilo de tu vida en ella!  
 El limpio boj de la cobarde lauzá,  
 De quien nadie jamás formó querella,  
 De solas tus desdichas ayudado  
 Dar pudo fin á lo que habia empezado.  
 Y del flaco vivir el tibio aliento,  
 Que ya se esfuerza, y presto se mitiga,  
 Entre el brazo amoroso, y el violento,  
 Y la agradable mano, y la enemiga,  
 Cual tierna exalacion la bebió el viento  
 En el regazo de su amada amiga,  
 Sabrosa cama, y temeroso lecho,  
 A tan suave amor y horrible hecho.  
 Quedó, mas que su amigo, Arminda muerta,  
 Y en un punto furiosa acelerada,  
 La llama del amor antes cubierta  
 Por los ojos brotó la alma agraviada:  
 Y cual parda ceraste, antes cubierta,  
 Del basto pié del labrador pisada,  
 Salta, y con lengua de ponzoña muda  
 Por la garganta en roseas se le anuda:  
 Así la dama herida en lo mas tierno,  
 Contra el cobardé bárbaro enemigo

Furiosa arremetió, vuelto en infierno  
 El rostro que era gloria de su amigo;  
 Y no en abrazo regalado y tierno,  
 Mas en horribles nudos de castigo,  
 Los antes tiernos brazos, de ira llena  
 Por el infame cuello le encadena.  
 Dió con el débil descarnado moro  
 Sobre el duro combés la tierna dama,  
 Y á bocados, perdido ya el decoro,  
 Vengar quiere á su amante, y á su fama:  
 Las otras solas dos, que en tierno lloro  
 De la tragedia cruel crecen la trama,  
 Que en el auto presente solos cuatro  
 Los personajes hacen, y el teatro,  
 Viendo el triste suceso, y brio furioso,  
 Del nuevo nudo, y peligrosa liga,  
 Con pecho mas que de mujer brioso  
 A la venganza acuden de su amiga:  
 Y las tres al morabito medroso,  
 En brega desigual, lucha enemiga,  
 Mientras una le tiene, otras le ayudan,  
 Y en firmes lazos de rigor le anudan.  
 Creció la rabia, y de las blancas tocas  
 Duras esposas y cadenas hechas,  
 Entre firmes lazadas, y no pocas,  
 Las mal regidas manos tiene estrechas:  
 Hállanse en la ocasion, y en furia loca,  
 Ciegas en ira y en dolor deshechas,  
 Quieren con su crueldad al enemigo  
 Mostrar que es de mujeres el castigo.  
 Y así ligado en la sangrienta plaza  
 Del destrozado barco, al fiero intento  
 Sus mujerieles armas desembraza  
 La de mas reportado sufrimiento:  
 De sutiles agujas nueva traza,  
 Nunca antes vista al mundo de tormento  
 Sacaron, y en venganza á sus antojos  
 Con ellas al morabito los ojos.  
 Y por las mas cerradas coyunturas,  
 Y partes mas sensibles de la vida,  
 Del acero sutil las puntas duras  
 Al alma le entran sin dejarle herida;  
 Y en los nervios y blandas ligaduras  
 Anatomía hacen no aprendida,  
 Que solo pudo hallar igual tormento  
 De ofendida mujer el pensamiento.  
 Así del tierno hijo en la desgracia  
 Hécuba con su pueblo advenedizo,  
 Sobre el avaro monstruo rey de Tracia  
 Otro castigo semejante hizo:  
 De las nuestras la loca pertinacia  
 Al moro miembro á miembro lo deshizo,  
 Mudándole el tormento en mil maneras,  
 Que la mujer cruel, eso de veras.  
 Dos dias que el mar con su bramar sonoro  
 Tardó en sacar á la africana arena  
 El triste barco, al desmembrado moro  
 La vida le duró, el tormento y pena,  
 Y de las tres el importuno lloro:  
 Y al tercer día, que con luz serena  
 Alumbró el mundo, y descubrió la costa,  
 Que de las sirtes es canal angosta,  
 A bordo vieron del bajel perdido  
 Otro, que aunque á la playa huyendo viene,  
 Hallando aquel en calma detenido,  
 Que ni trae velas, ni gobierno tiene,  
 Por llevarle de encuentro divertido  
 En su huir medroso se detiene  
 Saltando dentro en brio denodado  
 Por nuevo asombro un caballero armado.  
 De Tripol para Tunes descendía  
 Del fiero rey Gebel huyendo en vano  
 Con la bella Axa, que robado habia  
 Ardiendo en sus amores Artabano:  
 Y ella, que en torpe amor tambien se ardia

Al robo la ocasion le dió en la mano,  
 Y el ofendido rey con gente armada  
 Tras su honra viene, y su opinion robada.  
 Era Artabano infiel, de alma inquieta,  
 Traidor en trato, en nacimiento obscuro,  
 Mollita en Fez, alcaide en la Goleta,  
 En fe inconstante, en corazon perjuro;  
 Y ahora cual ligerísimo cometa  
 En busca va de su enriscado muro,  
 Hecho mas al deleite que al acero,  
 Y al sensual amor que al verdadero.  
 Y encontrando el bajel, que sobreaguado  
 Las olas traen por faltarle gente,  
 Dentro saltó, de acero y miedo armado,  
 O por la muerte huir, que ve presente,  
 O del gusto primero empalagado,  
 Y ocasionado de otro mas ardiente,  
 Nacida aunque de lejos su centella  
 De los rayos de Angélica la bella.  
 Mas sea con este ó con aquel intento,  
 Sin mas curar de la que trae robada,  
 Como quien se descansa del tormento  
 Con que ya el gusto que alcanzó le enfada,  
 Al bergantín se arroja, y dando al viento  
 Vela, lealtad, y fe, á la playa amada  
 La herrada proa y la esperanza guia  
 Con seis de su aleyosa compañía.  
 Mas no pudo el intento comenzado  
 Tan á su gusto y salvo efectuarse,  
 Que del rey ofendido el bando airado  
 No llegase con él á barloarse:  
 Quedó rendido y preso el aborjado,  
 Y la instable fortuna al mejorarse  
 Pasó las damas del bajel pequeño  
 Cautivas del segundo al tercer dueño.  
 Y presas ya tres veces, y ninguna  
 Con las últimas armas, un sanjaco  
 Saltó de Marte á la bordada cuna,  
 Mas que á la guerra atento al robo y saco:  
 Vió las tres damas, y cautivo de una,  
 Que en la region nació que venció Baco,  
 Sin buscar otra presa, ciego en vella  
 A su esquife saltó, y se fue con ella.  
 No dió el segundo ayuda al primer viento,  
 Que era un seco Levante el que corria,  
 Mas aunque aire contrario al de su intento,  
 La proa adonde él que sopla quiere guia:  
 Cazóle á popa, y con furor violento  
 A la playa le echó, cuando del día  
 Por los albores la parlera hermana  
 A entoldallos sañá de oro y grana.  
 A los humides ranchos de una gente  
 Que de pescar y de robar vivía,  
 El barco zaboró en la arena hirviente,  
 Que de las blancas rocas resurtia:  
 Acudió al saco un escuadrón valiente,  
 Que á la mar á pillar, si hay qué, venia,  
 Y al frio sanjaco, en su infeliz huida  
 La dama le quitaron, y la vida.  
 Saquean el barco, y en deleite y gozo  
 Por su confusa gente el furor arde,  
 Matan sin reservar viejo ni mozo:  
 Al soldado valiente, y al cobarde;  
 Y entre el confuso bárbaro destrozo,  
 Solo el alegre rostro haciendo alarde  
 De Angélica se está libre y segura,  
 Que hasta alarbes respetan la hermosura,  
 Mas ya que al flaco lecho no ha quedado  
 Despojo que robar, ni hombre con vida,  
 Y en la sangrienta popa el bulto amado  
 A ver su rostro y su beldad convida;  
 El bárbaro escuadrón, ocasionado  
 Del robo, la cruel mano homicida  
 Vuelta contra su pecho feroz riñe,  
 Y en sangre propia el barco ajeno tñe.

Y mientras del marcial furor la prueba  
Teje la ciega lid mas espantosa,  
A un gallardo numida en sangre nueva  
El tierno amor le presta alma briosa:  
Este con dos que en su resguardo lleva  
De Medoro robó la altiva esposa,  
Y con ella á la selva mas vecina  
Cercado de armas y deseos camina.  
En igual ademán el campo griego  
Vió á los fieros verdugos entregada  
La bella hija del rey, que el sagaz ruego  
De Ulises dió por victima sagrada,  
Y á la orilla del mar de un monton ciego  
De armas, hacia la selva mas guardada,  
Así la llevarian, como ahora  
Los tres á la oriental emperadora.  
Al tiempo que el rey pérsico, y Morgante,  
De Pluton vomitados en la playa,  
Salir la aurora vieron rutilante,  
De aljofar llena su florida saya:  
Cuya luz les mostró poco distante,  
Del bravo mar sobre la corva raya,  
Los tres, que con la Angélica belleza  
Del bosque iban á entrarse en la maleza.  
Fue á la playa el jayan, que son sus gustos  
Traer siempre las armas en las manos,  
Y el persa hácia los tres brazos robustos,  
Que llevar ve su amada presa ufanos:  
Mas cuando en lo mayor de sus disgustos  
Sin pensar vió los ojos soberanos  
Que dan brio á su amor, vida á su fama,  
Y halló tan cerca su perdida dama;  
Nunca del codicioso ojos hambrientos  
Al centellar las rubias masas de oro,  
Que el corvo arado en céspedes sedientos  
Al pasar descubrió de un gran tesoro,  
Mas prestos en mirar, ni mas atentos  
Al ruido vuelven del metal sonoro,  
Ni por ellos al alma entró en un punto  
Mayor deleite y sobresalto junto,  
Que en el alma del persa la divisa  
De los primores puso de su dama,  
Si bien la priesa con que va le avisa  
Del conocido riesgo de su fama:  
Y así sin pedir cuenta, ni pesquisa,  
De quién, dónde, ó por qué? feroz derrama  
Por la espada sus zelos, y su brazo  
Del tierno cuello rompe el torpe lazo.  
No era el bárbaro amante tan sin brio,  
Ni en su alfanje tan muertos los aceros,  
Que no pensase en limpio desafío  
Su opinion defender á diez guerreros;  
Antes al paso con feroz desvío,  
De en medio de sus bravos compañeros,  
Desnudo sale á defender su fama,  
Que es de las dos la mas querida dama.  
No le fue al rey tan fácil la victoria  
Con la desnuda gente que acudia,  
Que mientras la ganó perdió su gloria,  
Y el nuevo gusto que hallado habia:  
Ora le fuese oculta, ora notoria  
La espada que por ella combatia,  
Mientras duró el reñir, por mas segura  
Huyendo se escondió en una espesura.  
Al antes victorioso rey, vencido  
Los rigores dejaron de su estrella,  
Seguro de que ya era conocido,  
Pues tanto huye su enemiga bella:  
Siguiera el rastro, mas el rastro ha sido  
En todo tan sin él, y él tan sin ella,  
Como el que antes soñando halló un tesoro,  
Que al despertar se huyó en la sombra el oro.  
El jayan corzo á la contraria parte  
Paz acudió á poner, ó nueva guerra,  
Que como en raso campo un feroz Marte

Con todos en monton confuso cierra,  
Y en tantos golpes su furor reparte,  
Que aquel, á este, y al otro echa por tierra,  
Huyendo los demás, como sin tiempo  
De un feroz toro el vulgo albaraquiento.  
Y juntos los guerreros valerosos  
A pié se entraron por la selva espesa,  
Con pasos y con ojos cuidadosos,  
Aunque á fin vario, y diferente empresa:  
Morgante á sus encuentros belicosos,  
Orimandro buscando á la princesa,  
Sin hallar por los campos en tres dias  
Mas que de alarbes pobres rancherías,  
Cuando una noche lóbrega sin tino  
El valle que un preñado monte hacia,  
De un apartado fuego del camino,  
Albergue al parecer les ofrecia:  
Siguen la luz, y al pié de un crespo encino  
Plantado un pabellon vieron que habia,  
Y al grueso hogar una abundante cena,  
Vacía de gente y de aparato llena.  
Las blancas mesas por las frescas flores  
De pichetes cargadas y de tazas,  
Sobre grasientas brasas asadores  
Humeando llenos de diversas cazas;  
Seis ginetes caballos corredores  
Paciendo al prado sus peiores plazas,  
Y por principio del convite aciago  
De fresca sangre un espumoso lago:  
Tres armados varones recién muertos,  
Las armas y los cuerpos destrozados,  
Unos de heridas sin piedad abiertos,  
Otros á crueles golpes desmembrados;  
Sin hallar de tan varios desconciertos  
La victoriosa espada, ni sobrados  
Los que al triste marcial campo sangriento  
Dueños pudiesen ser del vencimiento.  
La cena y el combite placentero  
En triste cena trágica mudado;  
Las trastornadas tazas, que el postrero  
Licor, aun no han del todo derramado:  
Por las brasas humeando el ciervo entero;  
El tierno corderillo medio asado:  
Del jabalí el testuz, la espalda entera  
Del carnero, y de leche una ternera.  
Morgante alegre con la hallada cena,  
Recurso de la hambre que traia,  
Sin aguardar mas huéspedes, condena  
Por plato suyo cuanto en torno habia:  
Siéntase á la abundante mesa, llena  
Ya de lo que antes sobre el fuego habia,  
Y sin hacerle salva al compañero  
Por ante se comió un venado entero.  
El prudente Orimandro, mas atento  
A lo que falta allí, que á lo que sobra,  
Con alma busca prouida el intento  
De los fieros autores de tal obra;  
Y repartido en mil el pensamiento,  
En ninguno quietud segura cobra,  
Que un triste de continuo tiene el pecho  
Nueva oficina de desgracias hecho.  
Parécele que suena en la montaña  
Rumor de gente, salta de la mesa,  
Y el quebrado eco de la voz estraña  
Buscando se entra por la selva espesa;  
Y no mucho en su bosque se enmaraña,  
Cuando oyó del Catay la gran princesa  
Que al cielo favor pide, y el herido  
De su violencia el alma dió al oido.  
Y en mas velocidad que al centro lleva,  
De un grave cuerpo el peso violentado,  
O de prudente mago á la voz nueva,  
Alma sutil, ó espíritu apremiado,  
A dar de un risco fue á una oculta cueva,  
De adonde el bello bulto destrozado

Sacaban dos alegres caballeros,  
Ya con tiernos halagos, ya con fieros.  
Quieren á fuerza de la suya injusta  
Poner en ella el gusto que no tiene,  
Mas el celoso amante, á quien la adusta  
Cólera hasta privarle el seso viene,  
La espada aprieta, y con virtud robusta,  
Feroz, ni se embaraza, ni detiene  
A darles de sí cuenta, ni tomalla,  
Ni pedir ni ofrecerles la batalla.  
Mas con celeridad arrebatada,  
«Afuera, dice, pueblo vil y obscuro,  
Indigno de beldad tan acabada,  
De fe sin ley, y de hábito perjuro;»  
Y á no ver con sus lazos enredada  
Su hermosa yedra en el infame muro  
Que en su honor carga, con la espada fuera  
La primer salva, y prevencion primera.  
Y los dos, á quien mas temores causa  
El acto infame que el contrario esquivo,  
En la primer fuerza hicieron pausa,  
Y á la segunda ofrecen pecho altivo:  
Quedó de la cuestión libre la causa,  
Que mientras dura, en paso fugitivo  
Huyendo á tienta por la selva obscura,  
Ni aquí está sin temor, ni allí segura.  
No fue el combate mucho, que el enojo  
Y la razon lo era del persiano,  
Y así aunque en defender su torpe antojo  
A los dos puso su ánimo liviano,  
A pocos lances sobre el campo rojo  
Con sangre propia firman de su mano,  
Que del torpe deleite la bebida,  
O con la honra se escota, ó con la vida.  
Murieron ambos, que á los golpes fieros  
Del persa no hay escudo que resista,  
Y él victorioso ya, con piés ligeros  
Su dama busca, y con atenta vista:  
Mas aunque vió á los árboles postreros  
Parir del bosque en argentada lista  
El rubio sol, no vió el de su cuidado,  
Que ama ingrata beldad, y es desamado.  
Y seguir el amor sin la ventura,  
Es tropezar continuo en la desgracia:  
Otro sus pasos siga, ó su locura,  
Que yo á Morgante vuelvo, y en su gracia,  
Al frio silencio de la noche obscura  
Quiero á su mesa ver como se espacia  
En el brindar el mosto, que el gigante  
Un mar se beberá que halle delante.  
De gruesa vianda lleno el vientre hambriento,  
Y del dulce licor ocasionado,  
A solo el gusto de su gula atento,  
En vino quedó y sueño sepultado,  
Hasta que al desacuerdo soñoliento  
La luz del dia gastó, y se halló cercado  
De la escuadra infeliz, que en triste suerte  
De entre las tazas se bebió la muerte.  
Admiróle el estrago, y ver perdido  
Su altivo compañero, y por buscalle  
Al entrar en el bosque oyó ruido  
De un triste llanto en el vecino valle:  
Siguió la voz, y halló al combez florido  
De la salida de una umbrosa calle,  
Llorando sobre un muerto caballero  
La preciosa lealtad de un escudero.  
Eran los muertos dos, mas solo al uno  
Con ternura lloraba el fiel sirviente:  
Llegó el jayan, cesó el llanto importuno,  
Temiendo que la espada sea valiente  
Que con vida de dos dejó á ninguno:  
Quiso medroso huir, viendo presente  
Tal bulto; mas detúvose el gigante,  
Por saber del sucesio lo importante.  
Y habiéndole mandado le dé cuenta

¿Qué origen han tenido aquellas muertes?  
¿Quién alcanzó victoria tan sangrienta?  
¿Qué espada llegó á dar golpes tan fuertes?  
¿Qué se hizo el vencedor, por cuya afrenta  
De venganza se dieron tantas suertes?  
El siervo humilde al corzo antojadizo,  
Temblando, en todo así le satisfizo:  
«Larga tragedia, casos lastimosos  
Son los que me pedís, señor, que os diga,  
Que pechos falsos, y hombres engañosos,  
Así el cielo y su culpa los castiga:  
La Arabia dos hermanos belicosos  
De obscura sangre dió en virtud mendiga,  
Que arrogantes, soberbios y valientes,  
De Mahoma se fingen descendientes.  
Fueron Gerber, y el poderoso Argante,  
A quien por su traicion y valentia  
La fortuna en favores abundante  
Reyes de humilde sangre hizo un dia:  
Este el cetro de Fez rige triunfante,  
De Trípol le dió al otro en Berberia  
Silla y corona, y hoy la incierta guerra  
Triste sepulcro en esta inculca sierra.  
Aja, una mora, á quien la adversa suerte  
Para nuevas tragedias echó al mundo,  
Reina de Trípol fue, de Origio el Fuerte  
Mujer alevé y cruel, de pecho inmundo,  
Que dió á su esposo tiel traidora muerte,  
Y tras él á Geber cetro segundo,  
Subiendo á rey de Trípol el tirano  
Por el favor de su alevosa mano.  
No fue el nuevo adulterio en sus antojos  
La última liviandad que en ellos hizo,  
Que en otros muchos sus risueños ojos  
Varios contentos levantó y deshizo;  
Hasta que toda al fin se dió en despojos  
A Artabano, este moro advenedizo,  
Que ante tus piés el corazon abierto  
De ese golpe de espada está ahora muerto.  
A su delito igual la justa pena  
Le dió la muerte; advierte ahora el sino  
Por donde el discurrir del cielo ordena  
A cada vida el fin de su camino:  
Argante, de ambicion el alma llena,  
Casamiento pretende peregrino  
En Acaya, y Geber su mcauto hermano,  
Para darle favor se ha puesto en vano.  
Querian robar á la cretense infanta  
Juntos los dos hermanos de concierto,  
Y á esto con sus bajeles, y con cuanta  
Gente pudo, Geber salió del puerto:  
Mas un frio Cierzo con braveza tanta  
Barrió del mar Carpacio el seno abierto,  
Que el dia que pensó llegar á Acaya,  
Arribar le forzó á su misma playa.  
Y en tanto que de Trípol el tirano  
Por la mar forcejaba contra el viento,  
Su casta esposa en brazos de Artabano  
La honra vendia por un vil contenido,  
Y así rindió su corazon liviano,  
Que por no mudar gusto, mudó asiento,  
Y la patria trocó, el honor, y estado,  
Por el adulterino ingrato amado.  
Salió con él robada el mismo dia  
Que el rey volvia á su abrigado puerto  
De adversa suerte lleno, y de alegría  
A ver la pena de su mal concierto:  
Lloró el perdido honor, y al que huía  
Con él siguió y prendió, y á este desierto  
Vino á morir con su traidora espada,  
Que el cielo es justo, y no perdona nada.  
Alcanzóle en la mar, prendiéndole vivo,  
Que por mas se vengar no le dió muerte,  
Y por cobrar, teniéndole cautivo,  
De su áspera Goleta el risco fuerte:

Guardó la ingrata vida este motivo,  
 Cuya mano (tal es la humana suerte!)  
 La suya quitó al rey, que dejó acaso  
 Su gente en guarda de un estrecho paso.  
 Y con el preso, y este incauto moro  
 Por su guarda, llegó á esta estéril sierra,  
 En cuya verde falda un bulto de oro  
 Ofender vieron con injusta guerra;  
 Una dama, que el mundo en su tesoro  
 Otra joya de igual primor no encierra,  
 En poder de unos bárbaros feroces,  
 Contra quien daba en su defensa voces.  
 Libraron con su fuerza á la que pudo  
 Con la suya rendir sus torpes ojos,  
 Y al tirano Geber suspenso y mudo  
 En su gusto sembrar nuevos antojos:  
 No sé si aquí me engaño, mas no dudo  
 Del triste estrago destes campos rojos,  
 Que en lugar de la adúltera querria  
 Que la nueva reinase en Berberia.  
 Este gallardo jóven, cuya muerte  
 Triste presagio de la mia ha sido,  
 Y su real nombre Bahamel el Fuerte,  
 Y de Orgio primo y sucesor querido;  
 O ya rendido de la misma suerte  
 Del bello rostro en llanto consumido,  
 O que con la ocasion quisiese en ella  
 Cobrar de un golpe el reino, y la doncella,  
 Hecho su oculto trato con el preso,  
 Y de armas prevenido de su mano,  
 Feliz á los principios el suceso,  
 Suya fue la virtud, y de Artabano:  
 Matan al rey Geber, matan tras eso  
 Del rudo pueblo el escuadron villano,  
 Que él trazando su amor, y ellos su cena,  
 De nada estaban con temor ni pena.  
 Vuelto sangriento lago el aparato  
 Del banquete real, vió la floresta  
 Entre tazas y muertos un retrato  
 De los Centauros en su horrible fiesta:  
 Huyó la bella dama con recato  
 De la turbada mesa descompuesta,  
 Siguiéndola cual diestros cazadores  
 De la matanza cruel los agresores.  
 Desta vecina gruta en las entrañas  
 Huyendo se escondió, los dos tras ella  
 Victoriosos desvuelven las montañas  
 Al turbio rayo de una obscura estrella,  
 Cuando entre ásperos riscos y espadañas  
 Su luz la descubrió cual Diana bella,  
 Que al romperse la hueca nube fria  
 Hurtando sale la hermosura al dia.  
 Mas, ahora al fin de la cruel matanza  
 Algun furor quedase con la vida,  
 O el justo cielo diese á la venganza  
 Del caso atroz tan misera salida;  
 Casi triunfando ya de su esperanza,  
 Y por la frente la ocasion asida,  
 La vuelta daban de esa gruta obscura  
 Con la recien hallada hermosura:  
 Cuando un soberbio bulto denegrido  
 Las sombras amasaron desta sierra,  
 Del ciego infierno á castigar venido  
 Los alevos destrozos de tal guerra,  
 Mas que de acero, de rigor vestido,  
 De dos golpes cual ves echó por tierra  
 Las malogradas vidas, que en una hora  
 Venus triunfantes vió, muertas la aurora.  
 De la infeliz tragedia por testigo  
 Yo solo me salvé en la gruta obscura,  
 Medroso que del cielo al fiel castigo  
 No habia en el mundo ya parte segura;  
 Cuando del vientre obscuro, cuyo abrigo  
 El temor me prestó, vi una figura  
 En horrible anhelar sembrando fuego,

Que este mundo alumbró, y se apagó luego»  
 Así el medroso moro al rey Morgante  
 De su infeliz tragedia acabó el cuento,  
 Y él viendo la honda traga, que delante  
 Con horrible preñez se traga el viento,  
 Sintió en su hueco tumbo resonante  
 Nuevo rumor, y con gallardo aliento,  
 Sin mas escudriñar causas ni efetos,  
 Entró á ver de sus senos los secretos.  
 Tembló el hinchado monte, gimió el valle,  
 Y vomitó la cueva un fuego horrible,  
 Huyó el cobarde moro, que á tornalle  
 El amer de Bohamel no fue posible:  
 Lo que al corzo le avino abriendo calle  
 Por el obscuro cóncavo invisible,  
 Ni aun para dallo ahora en breve suma  
 Palabras tiene ni lugar mi pluma.  
 Monstruosas sombras, ásperos portentos,  
 Preñeces fueron desta cueva obscura,  
 Que al estrecho rigor de mis intentos  
 En tiempo esceden hoy, y en coyuntura:  
 Otra trompa les dé claros acentos  
 Basta al contesto y fin desta escritura  
 Que el mismo día salió el corzo triunfante,  
 El fino arnés vestido de un gigante.  
 Del esforzado Anteo, que fue hijo  
 De la fria tierra, está la urna eminente  
 En la alta gruta de un peñasco fijo,  
 De un cuajado cristal resplandeciente,  
 En cuyo seno halló el bulto prólijo  
 De escamados artejos de serpiente,  
 Que por arnés el monstruo se vestia,  
 En perlas anudado y pedreria.  
 Tuvo á las faldas desta inculta sierra,  
 Con Alcides una áspera batalla,  
 Alcides que en los puntos de la guerra  
 Ni al mundo otro mayor ni igual se halla;  
 Y el hijo altivo de la humilde tierra  
 Así el perdido aliento halló al tocalla,  
 Que el caer al golpe de la hercúlea clava,  
 La primer fuerza que perdió le daba.  
 Hasta que el héroe invicto el cauto pecho  
 Del suelo levantó, y suspenso en calma,  
 Los músculos cerró en un nudo estrecho  
 Que al perezoso cuerpo exaló el alma  
 Dejando al vencedor nuevo derecho  
 Del libio reino, y del honor la palma,  
 Y á esta cueva en blason de sus porfias  
 Su fino arnés, y sus cenizas frias.  
 Hércules por trófeo á su victoria,  
 La limpia clava que forjó Vulcano  
 Al sepulcro añadió, para memoria  
 Que allí lo abrió su poderosa mano:  
 Y el corzo rey en nueva vanagloria,  
 Vestido el serpentino arnés ufano,  
 Al salir pareció la clava al hombre,  
 Nuevo Alcides del mundo, y nuevo asombro.  
 De un escamado cuero de serpiente  
 Que en oro cada escama se cogia,  
 Cuya ancha boca la arrugada frente  
 Y áspero cuello del jayan ceñia,  
 Hecho un feroz dragon resplandeciente  
 Dejó la cueva, y el siguiente dia,  
 Al liso pié de un álamo sombrío,  
 Un caballero vió al raudal de un río.  
 Que apesar de la ardiente siesta el punto,  
 Y del seco aire la tostada llama,  
 Se aprestaba, y cabe él vivo el trasunto  
 De la belleza en hábitos de dama:  
 Mas del campo de Francia el grave asunto  
 A dar noticia entera de él me llama,  
 De su gente, sus fiestas, y de cuanto  
 Al mundo en sus bravezas causa espanto.

ALEGORIA.

Por Bernardo, que habiendo visto en los encantamientos del Carpio la clara sucesion de su linage no trata mas de buscar á Arcángelica, se muestra, que el varon heróico, que antes caminaba tras el gusto de sus apetitos, habiendo llegado á la contemplacion y verdadero desengaño de lo porvenir, y á enterarse en los grandes premios de gloria que le están prometidos en el otro mundo, de todo punto olvida y deja lo que antes le traia distraido, y procura acompañado de virtudes volver á la obediencia y jurisdiccion del entendimiento; de adonde los deseos de venganza le habian sacado.

Hallarse Orimandro y Morgante en los arenales de Africa, despues de haber dado una vuelta al mundo, siendo Orimandro figura del entendimiento, y Morgante de la voluntad, es decir, que sin la memoria, entendida por Reinaldos, aunque uno haya dado vuelta á todas las grandezas del mundo, se hallará en un arenal estéril y desierto, y sin acordarse de cosa alguna mas que si por él no hubieran pasado.

Las desgracias de Angélica, tan arrojada de unas en otras, dicen al natural la vida de una mujer distraida y dada á las libertades de su antojo. En la tragedia de Arminda y Leoncio se descubrió la crueldad de las mujeres, que como por la mayor parte les falta prudencia, son crueldes por esceso. En la tragedia de Artabano, se pinta el lamentable y desdichado fin de un adultero.

En Morgante, que habiéndose perdido de Orimandro, gana las armas de Anteo, hijo de la tierra, se significa, que en apartándose la voluntad de la luz del entendimiento, toda se arma y viste de cosas de la tierra, sin quedarle mas que algunas cortas inspiraciones del cielo, entendidas por la clava de Hércules.

LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO.

ARGUMENTO. Atemoriza á Carlo Magno un espantoso sueño, interpretálo Malgesi, Montesinos refuerza con sus razones las del sabio, Orlando le responde á ellas, de cuya respuesta se ocasiona la gran discordia del campo francés: déjense por ellas las fiestas aplazadas, y marchando el resto del campo para España, llegan al Pirineo, donde el César manda hacer reseña de su gente. Ferragut encuentra en Africa, á la ribera de un rio, con Angélica; y estando para gozar de ella sobreviene Morgante que lo osterba, y dejándolo de un golpe de maza sin sentido, parte en su seguimiento á Biserta, donde hace grande estrago hasta embarcarse tras ella para España: Orimandro halla á Artaja en un gran desconsuelo, y en su compañía le sucede una maravillosa aventura.

Ya en este tiempo el bélico aparato  
 Del francés campo, con marchar sonoro  
 Al son de los clarines, y al rebato  
 De las trompetas y los lirios de oro,  
 La fama con las sombras del retrato  
 De su grandeza, al africano, al moro,  
 Al montañés, al asturiano, al godo,  
 Todo lo asombra, y lo alborota todo.  
 Decretóse en París, que á la importancia  
 Del francés brio, la imperial persona,  
 A toda diligencia y toda instancia,  
 Al campo baje que venció á Girona:  
 Que allí le siga lo mejor de Francia,  
 Invicto cerco de su real corona,  
 Suspendiendo las fiestas para cuando  
 Con los demás se cobre el fuerte Orlando.  
 Llegaron en un tiempo los franceses  
 Con su César al campo belicoso;  
 Roldan por varios trances y reveses  
 Buscando el español brazo brioso,  
 Que de él probó y Dudonio los arneses,  
 Y de ambos salió libre; y victorioso  
 Reinaldos, de haber hecho con su vuelo  
 Una raya en la mar, y otra en el cielo.  
 Trajo tras sí de Amon el hijo amado  
 Del muro antiguo las estatuas de oro,  
 Que la codicia del metal preciado  
 Con ella aumentar hizo el tesoro:

Del rey Artus el cuerpo sepultado  
 En rica tumba de metal sonoro,  
 A la ancha puerta de la sala estuvo  
 Los siglos que su estrella le entretuvo.  
 De allí el etéreo cuerpo, ó sombra humana,  
 Aun no del todo adelgazado en viento,  
 Con blando curso por la esfera vana  
 De aire volaba en débil movimiento:  
 Cuya fantasma, aunque al mover liviana,  
 Al sepulcro dió nuevo movimiento,  
 A la roma figura y breve amago,  
 Que á un cerco obscuro hizo el francés mago.  
 Al fin con la sagaz lección del sabio,  
 Que los mundos gobierna del Poniente,  
 El encantado pueblo el vil resabio  
 De su metal perdió resplandeciente:  
 Sembró la fama en placentero labio  
 La gran resurreccion del pozo ardiente,  
 Alegrose el real, y el campo ufano  
 Con la vista creció de Carlo Mano.  
 Manda otra vez en honra de su gusto  
 Que de nuevo se vistan de alegría  
 Las resfriadas fiestas, premio injusto  
 De un deseado malogrado dia:  
 Crecen al débil pecho y alrobusto  
 Orgullos que la ardiente sangre cria,  
 Y abre un fresco placer el pensamiento  
 La vecina jornada del contento.  
 Así tal vez de entre los cuernos de oro  
 Del toro alegre de calor fecundo,  
 El rubio alegre sol siembra el tesoro  
 De Flora, y llueve regocijo al mundo:  
 Crece en las selvas el parlero coro  
 De las aves sin dueño, el mar profundo  
 Serena sus riberas, rien sus playas  
 En crespas olas y argentadas rayas.  
 Tal del campo francés fue el alborozo,  
 Tal de sus claros héroes la venida,  
 Tal de sus almas el ardiente gozo,  
 Que á las ya muertas fiestas dieron vida:  
 Mas siempre este placer trajo rebozo,  
 Siempre en estrella se trazó impedida;  
 Siempre huyendo fué, y de lance en lance  
 Nunca á sus trazas dió el contento alcanze.  
 Por la renunciacion de Alfonso el Casto  
 Se comenzó en los campos de Girona,  
 De allí por nuevo azar mudó su gasto  
 A Perpiñan del César la corona:  
 Ya en París con rumor confuso y vasto  
 Le pregonó la fama; hoy le pregonan  
 En Limojes, y al fin de dia en dia  
 Tarde amanecerá el de su alegría.  
 Ya Febo sobre el mar del pardo moro  
 Temp laba al rojo carro las centellas,  
 Desguarneciéndolo al mundo del tesoro  
 De su luz, y bordándolo de estrellas:  
 Del yugo ardiente las coyundas de oro,  
 Las rubias horas, y las ninfas bellas  
 Le desatan, y puestas en contorno  
 De magestad le sirven, y de adorno.  
 Quién las riendas le toma de la mano  
 Cargadas de encendida pedreria,  
 Quién la corona, quién el manto ufano,  
 Que el cielo y tierra visten de alegría;  
 Quién peina á su cabello soberano  
 La luz de adonde al mundo nace el dia,  
 Quién le alivia el calor, quién la maraña  
 De oro en rocios de olor le templa y baña.  
 Quién el fogoso pértigo levanta  
 Al carro que anda trastornando sinos;  
 Quién los caballos da, quién los enmanta,  
 Frenos tascando de diamantes finos;  
 Quién de los piensos de la ambrosia santa  
 A sus pesebres da colmos divinos,  
 Y quién le carga á la encubierta noche